

las que habíamos salido mal librados...» Estas cuestiones, que eran las de Parma y de Módena, «nada tenían que ver con el caso que ahora se ventilaba;» el cual caso (el atentado de 20 de agosto) no fué, según reconocía el mismo Lionne, más que un «caso fortuito.» Ahora bien, eso que él escribía confidencialmente sabíalo de sobra la corte de Roma y lo sabía asimismo toda Europa.

La humillación del papa, después de la de España, entusiasmó al rey; era la primera vez, como dirá Voltaire que Roma enviaba un legado para presentar excusas. Pero Luis XIV se acostumbraba demasiado fácilmente á esas victorias del orgullo y se infatuaba de un modo peligroso.

«Veo perfectamente, había escrito durante el conflicto, que aquellas gentes me conocen mal á mí y conocen mal el estado de mis asuntos, porque cuando yo pido, paréceme que ello quiere decir: quiero y tendré, ó, por lo menos, que hay tan poca diferencia entre una cosa y otra, que no es perceptible.»

Con la repetición de grandes gestos, con todas esas maneras tan diferentes de las de Enrique IV y de Luis XIII alarmó á Europa y la puso en guardia. Sir Guillermo Temple, uno de los políticos más perspicaces de Inglaterra, llama, en 1663, la atención sobre «ese gran cometa que se ha elevado rápidamente, el rey de Francia, que quiere ser, no sólo contemplado, sino también admirado por el mundo entero.»

II.—Acciones diversas. Guerra contra los berberiscos. Expedición contra los turcos

Luis XIV, al mismo tiempo que se hallaba en conflicto con el papa, guerreaba contra los infieles.

En 1664 envióse una expedición contra los berberiscos; una vez más queríase «limpiar el mar de sus corsarios» y el mejor medio para ello pareció ser «la ocupación de un puesto fijo en Africa, con un puerto grande y bueno en donde nuestras fuerzas, siempre concentradas, pudiesen intimidarlos.» Logrado esto, Francia tendría «el imperio del Mediterráneo.» En 22 de julio, Beaufort desembarcaba tropas delante de Yidyeli, que se rindió al día siguiente; pero habiéndose introducido en el cuerpo expedicionario la discordia y el desorden, los turcos de Argel pudieron presentarse en octubre ante la plaza, cuyas obras de defensa destruyó su artillería, obligando á los franceses á reembarcarse y á abandonar sus cañones. Al otro año, la flota francesa recorría de nuevo el Mediterráneo, obligaba á los tunecinos á renovar sus antiguos tratados y cañoneaba Argel y Cherchell. Argel firmó un tratado en 1666, pero era ya antigua costumbre que esos convenios con los berberiscos no fuesen cumplidos por ninguna de las dos partes, así es que la piratería berberisca y la piratería cristiana continuaron combatiéndose y la flota del rey prosiguió sus cruceiros y sus bloqueos.

Los turcos habían reanudado en 1660 la guerra contra el Austria y en 1663 invadieron los países hereditarios con tan numerosas fuerzas, que probablemente se habrían apoderado de Viena si hubiesen querido. Los campanarios de Alemania, por orden de la Dieta, tocaban diariamente al mediodía «la campana de los turcos,» y al oirla, todo el mundo, en las casas, en las calles y

en los campos, debía rezar el Padre nuestro y rogar á Dios, *in einem herzlichen Seufzen*, que protegiera á Alemania. Pero la Dieta perdió mucho tiempo en miserables disputas, evidenciando que en ella los príncipes sentían envidia de los electores, que los electores se envidiaban unos á otros y que todos desconfiaban del emperador; en una palabra, se veía en todo ello el descalabro de Alemania. A duras penas llegó la asamblea á votar, en febrero de 1664, la recluta de un contingente que podría dar veinte mil hombres, si la merma habitual no era muy considerable.

El papa propuso á las coronas una liga contra el Infiel; pero Luis XIV no se sentía inclinado á una política de cruzada y no quería enemistarse con el sultán, cuya benevolencia era necesaria para el comercio francés en Levante, y además no sentía el menor deseo de proporcionar una gran victoria al emperador, á quien tenía por uno de sus principales adversarios. Mas, por otra parte, era aliado y patrono de príncipes del Imperio, que temían la invasión de los turcos; opinaba que nada importante podría suceder en Europa en que él no tomara parte, y era, por último, rey cristianísimo é hijo primogénito de la Iglesia; así es que resolvió intervenir, aunque con grandes precauciones. La Liga del Rhin, aconsejada por un agente francés, ofreció al emperador enviarle un contingente, con la condición de que sirviese como cuerpo separado; el emperador vaciló, pues le repugnaba dar una especie de consagración pública á aquella Liga, pero al fin aceptó. Luis XIV iba, pues, á guerrear contra los turcos, pero sólo como miembro de una liga alemana, y aunque dió un contingente de seis mil hombres, en vez de los dos mil cuatrocientos que le correspondían, quiso que Coligny, comandante de las tropas francesas, se pusiera á las órdenes del príncipe de Hohenlohe, general de la Liga.

Coligny salió de Metz en 17 de mayo de 1664, atravesó los territorios de los príncipes aliados, en donde fué obsequiado con grandes francachelas, y los jóvenes voluntarios, aunque acostumbrados á burlarse de todo lo que no era francés, tuvieron la prudencia, escribió el general, de «no reventar de risa» al contemplar «las caras de los embajadores» que les enviaban. En 27 de julio, el ejército cristiano, que se dividía en ejército del emperador, ejército del Imperio y ejército de la Liga, se halló en presencia de los turcos, que querían pasar el Raab para encaminarse luego hacia Viena. El mando supremo de aquel ejército lo tenía Montecuculli, general de los imperiales. Trabajóse la batalla en 1.º de agosto, y en aquella jornada, á la que dió su nombre el monasterio de San Gotardo, el ejército del Imperio se deshonoró; en cambio, los imperiales austriacos y los franceses se batieron bien: «Las tropas francesas han realizado prodigios,» escribió Montecuculli. El emperador apresuróse á firmar la paz, poco honrosa, que se convino en Vasvar, en 10 de agosto de 1664.

Luis XIV había renunciado á los trofeos de la victoria y mandado á Viena los estandartes cogidos á los turcos que le enviara Coligny; pero ello no fué óbice para que se jactara cerca de los príncipes alemanes del gran servicio prestado al Imperio é hiciera acuñar una medalla cuya leyenda decía: *Germania servata*. Al mismo tiempo trabajaba para restablecer las relaciones normales con el sultán, á quien podía decir que no era

el rey de Francia quien había combatido contra él en Hungría.

El rey había seguido aquella campaña día por día con apasionada curiosidad y había encargado que le informaran «minuciosamente de todo,» es decir, «de la pura verdad.» Cuando se enteraba de que los soldados demostraban «alegría» y los oficiales «celo,» daba las gracias por esas buenas noticias que le permitían esperar, según decía, ventaja para la gloria de mis armas y para el honor de toda la nación, «para la gloria del nombre francés y del mío.» Después de la victoria, no «puede expresar su alegría» y manda que se manifieste á los oficiales y á los voluntarios «la gratitud que siente,» y «que se diga así al frente de cada escuadrón.» A propósito de la lista de muertos y heridos, que ha visto, dice: «Entre tantos motivos de alegría, esto me ha causado gran disgusto..., aunque es cosa que es necesario que yo sepa. Es menester asistir á los heridos con cuidados extraordinarios, visitarles de mi parte y decirles cuánto les compadezco, especialmente á los voluntarios. Expresadles el sentimiento que sus sufrimientos me producen.»

El triunfo de su pequeño ejército le anima en su propósito de «emprender algo.» «No dudo, escribe, de que mis tropas, después de esa expedición, si han sufrido tantas penalidades y han atravesado tantas circunstancias peligrosas, de las que han salido con honor, volverán aún más altivas y más aguerridas que antes, y de que habrá gran ventaja en emprender algo con gentes tan valerosas.» Sabía lo que había ocurrido en Alemania, que los generales alemanes se habían disputado en presencia de los oficiales franceses; que el contingente del Imperio no había hecho frente ni siquiera una hora á los turcos, y que ningún servicio estaba allí organizado: «Desde que nos hemos unido al ejército, escribió Coligny, no sabemos lo que es el pan.» La Liga del Rhin tenía una caja en la que Luis XIV ingresaba cien mil libras para el servicio de víveres y municiones; pero habiendo preguntado Coligny en dónde estaba esa caja, nadie supo decirselo. Por último Coligny había emitido su opinión sobre el gobierno de Austria y el principal ministro del emperador: «No me extraña que el emperador no sea un hombre despierto; pero lo que sí resulta incomprensible es que se deje gobernar por el príncipe Portia, que después de comer no se acuerda de lo que le han dicho por la mañana, y que tiene todo el aspecto de un boticario.» En cuanto al emperador, «no ha hecho más que cazar y jugar con la misma tranquilidad que si su enemigo se hallase en Caudebec. En verdad, es hermoso que un gran príncipe esté dotado de tan grande firmeza...»

III.—La diplomacia hasta la muerte del rey de España (1665)

En el entretanto, la diplomacia francesa trabajaba á la vez en todas las cortes grandes y pequeñas. El principal éxito de esos primeros años fué comprado al rey de Inglaterra.

El embajador francés enviado á Londres después de la restauración, de Estrades, llevaba el encargo de establecer una unión de «persona á persona» y de «reino á reino.» Luis XIV deseaba especialmente una intimi-

dad personal con Carlos II y conocía un medio de proporcionársela: «Yo sabía que, por el estado de sus rentas y de sus gastos, se atrasaba anualmente en dos ó tres millones.» Carlos pensó en hacer dinero de Dunkerque cuya acupación le costaba muy cara, y su canciller, Hyde, conde de Clarendon, negoció el asunto con Francia, pidiendo doce millones; Francia ofreció primeramente cuatro y luego cinco, con la condición de que se añadiesen á Dunkerque Mardyck y una fuerte que se había construído entre Bergues y aquella plaza. Firmóse el tratado en 27 de octubre de 1662 y en 2 de diciembre entró Luis XIV en la ciudad: «Quizás, escribió, dando Dunkerque no había yo pagado demasiado cara la paz de los Pirineos, pero después de aquello era evidente que nunca daría demasiado por su rescate.» Desde aquel día, sin embargo, pudieron los ingleses darse por advertidos de que la amistad de Luis XIV y de Carlos II costaría cara á Inglaterra.

En aquel mismo año, realizó el monarca francés una operación singular, y fué que, aprovechándose del carácter extravagante del duque Carlos de Lorena (1), le hizo firmar un tratado por el cual ese príncipe cedía sus Estados á la corona de Francia, bajo la condición de que conservaría el usufructo de ellos, al cual se agregarían cuantiosas rentas. El rey prometió, además, que los herederos del duque, un hermano y un sobrino, recibirían «el privilegio de príncipes después de los últimos príncipes de su sangre.» En el interin y mientras viviese el duque, los franceses se posesionarian de Marsal; pero aquél, antes de entregar esa plaza, quiso que el tratado fuese ratificado por el Parlamento. La cosa no fué tan fácil como parecía, pues la inclusión de los príncipes extranjeros entre los príncipes de la sangre, aunque fuese en último término, pareció una novedad peligrosa, y el canciller sostuvo que los reyes «no podían hacer príncipes de la sangre más que con las reinas sus esposas.» Al fin concedióse el registro, á condición de que los príncipes lorenenses ratificaran el tratado; mas como éstos se negaron á ello, el tratado no tenía ningún valor. Esto no fué óbice para que el rey reclamase Marsal, de la que se apoderó y cuya posesión reconoció el duque por el tratado de Metz, de agosto de 1663; pero Luis XIV siguió estimando válido el documento anterior y se persuadió de que era duque de Lorena. Hablando de 1662, dice: «Realicé aquel año dos adquisiciones importantes, la de Lorena y la de Dunkerque;» y se vanagloria de haber dado feliz cima á aquel negocio, á pesar de «las dificultades» que hacían creer á sus ministros que «nada debía esperarse de aquel plan;» pero sucedió que sus ministros tenían razón y que él se contentaba con simples palabras, pues el tratado de 1662 había realmente caducado y no produjo otro efecto que proporcionar á Europa un motivo más para temer las empresas de Francia.

En España intentó Luis XIV lograr que la renuncia de María Teresa fuese anulada por un documento auténtico. La corte española no se hacía grandes ilusiones sobre esa renuncia que el rey calificaba de «patarata,» y un secretario de don Luis de Haro confesaba al embajador de Francia, el arzobispo de Embrún: «Creemos que tarde ó temprano seremos del rey de

(1) Véase pág. 33.

Francia;» pero España no quería hacer esa confesión públicamente y, orgullosa, resignada, fatalista, oponía á Francia su última fuerza, la inercia.

La cuestión de la sucesión al trono de España parecía muy próxima, pues se sabía que Felipe IV no viviría mucho tiempo, y en 1661 no le quedaba á éste más que un hijo, el cual, á fines de octubre enfermó «de dos ó tres dolencias mortales.» El rey envió á buscar al monasterio de Alcalá la arquilla de San Diego, que fué colocada en la cámara del moribundo, y los jesuitas celebraron en su colegio una octava que comenzó con una misa de pontifical dicha por el arzobispo de Embrún; mas no se sabe á punto fijo lo que éste pidió á Dios: «Recé, escribió á Luis XIV, las preces públicas por el rey y por la salud del príncipe y de la familia real, aunque sin olvidarme de rezar secretamente, como á ello estoy obligado, por la prosperidad de Vuestra Majestad.» El día 1.º de noviembre moría el infante, el mismo día en que nacía el Delfín de Francia, quien resultó de este modo y suponiendo nula la renuncia, heredero de las monarquías de Francia y de España; pero el 6 del mismo mes vino al mundo el infante que había de ser el rey Carlos II.

Las negociaciones duraron mucho tiempo. Los españoles propusieron una alianza de ambas coronas contra Portugal y contra Inglaterra, á lo que Luis XIV objetó que romper «la amistad» que le unía con los reyes de aquellas dos naciones significaba «cambiar de blanco á negro» y que él no quería deshonorarse. Había, sin embargo, un medio de salvar el honor y era que España le diese «un motivo suficiente... que fuese acogido en el mundo, decía, con el aplauso que deseo obtengan todos mis actos.» Pidió, en su consecuencia, que se anulara la renuncia por medio de una declaración que se mantendría secreta, en caso necesario, y que, mientras se planteaba el problema de la sucesión, se le concedieran ventajas inmediatas, en las cuales debería «hablarse de provincias y regiones y no de cinco ó seis plazas.» Felipe IV consultó con sus ministros, luego «con personas versadas en derecho» y finalmente con el inquisidor general, «un prelado anciano que ha pasado por todos los cargos de la toga.» Mucho costó encontrar los documentos que había que discutir, pues el acta de renuncia de la reina había quedado entre los papeles de un secretario de Estado, «en una casa de campo;» y cuando hubieron dictaminado los juriscónsultos, tocóles el turno á los teólogos. En 24 de agosto el embajador sabía que España no anularía la renuncia, y en 21 de septiembre Luis XIV ordenó la ruptura de las negociaciones.

Seguramente no había esperado nunca que se llegaría á un arreglo con España; la verdadera intención de su política en aquellos primeros años fué preparar la guerra contra la casa de Austria, y la alianza inglesa y las alianzas con los príncipes alemanes le proporcionaron el medio, aquella de hacer á España una guerra indirecta y éstas de impedir que el Habsburgo de Viena ayudase al de Madrid.

Apenas decidida, en 1661, la boda del rey Carlos con la infanta portuguesa (1), Luis XIV prometió á aquél dos millones, que satisfaría en tres plazos y que

(1) Véase pág. 264.

serían invertidos en la defensa de Portugal. Inmediatamente después de pagado el primer plazo, enviáronse á Lisboa tres mil hombres y mil caballos, á los que se juntaron algunos voluntarios y un general francés, Schomberg; y Luis XIV, que temía que los españoles, «luego de sojuzgar á Portugal, ese enemigo doméstico,» se dedicaran «á perturbar los establecimientos que él meditaba, para el bien de su Estado,» tranquilizóse al ver que España iba á recibir, en la frontera portuguesa, sensibles golpes.

En Alemania, la Liga del Rhin no sólo se mantuvo, sino que aumentó con el ofrecimiento de vasallaje que hicieron varios príncipes. En diciembre de 1663, el duque de Mecklemburgo, en vista «de la operación que ha sufrido en sus Estados y en sus bienes, con menoscabo de los tratados de paz de Múnster y de Osnabruck...», ha creído que lo mejor que podía hacer, en medio de la necesidad que tiene de estar fuertemente protegido, era recurrir á Su Majestad,» y espontáneamente... «se pone... bajo la protección de Su Majestad, rogándole que se la otorgue.» Algunos meses antes, en marzo, habíase firmado un convenio más extraño todavía: el conde Juan de Sarrebruck, que también tenía que quejarse de violencias sufridas, «pensó que no podía ni debía acudir á ningún príncipe que pudiera concederle su ayuda y apoyarle más generosa ni más poderosamente que Su Majestad.» El rey le acoge bajo su real «protección y salvaguardia perpetua» y pondrá en la fortaleza una guarnición de «franceses naturales,» cuyo capitán y gobernador en nombre del rey será el conde, «con la misma autoridad que los demás gobernadores de las plazas de Francia,» pudiendo «izar en todas las avenidas y tierras de su país el estandarte de Francia cuando ocurra alguna turbulencia.»

Difícil era la dirección de la política francesa entre los encontrados intereses de los príncipes alemanes á quienes quería el rey reunir en su clientela. El elector de Maguncia había obtenido un fallo contra la ciudad de Erfurt, que se había emancipado del electorado, al que antes estaba sometida, y habiéndose hecho confiar la ejecución de aquél, pidió el auxilio de la Liga del Rhin; mas como Erfurt era una ciudad protestante, tenía de su parte á los protestantes de la Liga y á los del Imperio. Luis XIV no podía, sin embargo, negar su ayuda al elector: «Sería menester, decía Lionne, arreglar la cuestión de Erfurt... con alguna satisfacción al partido protestante, que por ello quede reconocido al rey, sin que el elector de Maguncia resulte disgustado ó menos agradecido.» El rey envió cuatro mil hombres al arzobispo y la ciudad se rindió en abril de 1664; pero una capitulación honrosa le conservó su religión y sus fueros.

Durante esa crisis, la corte de Francia había entablado negociaciones y firmado tratados con los electores de Sajonia y Brandeburgo; este último tenía una verdadera obsesión por negociar con todo el mundo á fin de garantizarse contra Suecia, y así trató con Inglaterra en 1661, hallábase ligado con el emperador por virtud de un acta de 1658 que será renovada en 1666, renovó en 1664 el convenio defensivo concertado con Francia en 1656, y en 1665 entró en la Liga del Rhin.

El rey hablaba siempre de «su extremado celo por el mantenimiento de la libertad germánica;» y esa vieja

mentira aún pudo ser creída durante estos primeros años.

Francia firmó dos tratados con Suecia, en 1661 y 1663, y dos con Dinamarca en 1663, en el segundo de los cuales se estipulaba una alianza ofensiva y defensiva. Suecia, perpetua enemiga de Dinamarca, se incomodó, pues quería el monopolio de nuestra alianza y se creía tan necesaria que trataba á Francia sin consideración alguna. En virtud de los artículos secretos del tratado de 1661 habíase obligado á apoyar con un ejército de ciento veinte mil hombres la candidatura del duque de Eughién al trono de Polonia, y mientras llegaba el momento oportuno de obrar, Francia había prometido un subsidio de doscientos mil escudos para ayudar á los suecos á mantener á sus veteranas tropas sobre las armas; pero los suecos licenciaron esas tropas, y entonces Luis XIV revocó el pacto hecho, bien que «por pura amistad» seguiría pagando durante cinco años un subsidio de cien mil escudos. Los suecos, dice Pomponne, lamentaron «la pérdida de un gran caudal» y continuaban mirando «con alguna envidia la grandeza de Francia;» la intervención de Luis XIV en la cuestión de Erfurt parecióles una prueba de que el rey aspiraba al Imperio. Habíanse aliado con Inglaterra y daban á entender que muy bien podrían dar oídos á las proposiciones que les hacía el emperador; pero Francia, entretanto, creía que, cuando quisiera, volvería á tener por amiga á Suecia.

Luis XIV negociaba con Holanda desde los primeros tiempos de su reinado, y de Witt no deseaba otra cosa que negociar; pero aquellas negociaciones tenían un carácter extraño, pues las dos partes sabían *in petto* que nunca se entenderían, pues ni el rey podía renunciar á los Países Bajos españoles, ni podían los holandeses permitir que los conquistara. Y como Holanda conocía las intenciones del rey, del mismo modo que el rey conocía las intenciones de Holanda, ambos comprendían que eran inevitablemente enemigos; mas Holanda necesitaba la amistad de Francia porque entre ella é Inglaterra existían antiguos litigios de los cuales podía surgir la guerra en cualquier momento. Además, Carlos II quería que su sobrino Orange fuese reintegrado en los cargos paternales, pues uno y otro estaban unidos por estrechos vínculos; en efecto, la república burguesa en Holanda había coincidido con la república cromwelliana en Inglaterra y Cromwell y de Witt habían hecho causa común contra Estuardo y Orange; ahora, los Estuardos, restaurados en Inglaterra, perseguían en Holanda el desquite de la familia. Este propósito alarmaba á de Witt, y Luis XIV, por su parte, comprendía la necesidad en que se hallaba de contentar á Holanda si no quería encontrársela enfrente, al primer paso que diese hacia los Países Bajos. En 27 de abril de 1662 firmóse un tratado de alianza defensiva, por el cual, si las Provincias Unidas se veían atacadas, Francia las ayudaría con quince mil hombres, y si la atacada era ésta, aquéllas la auxiliarían con seis mil; los «súbditos y habitantes» de ambos países gozarían recíprocamente «de la libertad del comercio y de la navegación,» sin «pagar mayores ni otros derechos... que los que pagasen los propios y naturales súbditos» del rey ó de los Estados generales. Para que Luis XIV concertase ese convenio, en el cual todas las ventajas eran para los

Países Bajos, era preciso que esperase que sus aliados le dejarían cierta libertad de acción; pero esa esperanza se vió defraudada.

En 1663 fué enviado de embajador á La Haya de Estrades, que había servido á las órdenes del estatúder Federico Enrique durante la guerra contra España y era coronel holandés (1). Comenzó por ensayar con de Witt el gran procedimiento de la diplomacia francesa, es decir, insinuó ofrecimientos de dinero que fueron rechazados: «Por lo que hace á éste, es un hombre incorruptible que sólo necesita estimación y caricias de Vuestra Majestad.» El rey prodigó las caricias, pero no bastaron éstas para adormecer á un hombre tan ilustrado y siempre inquieto.

De Witt trató de descubrir las intenciones de Francia, y con el pretexto de que algunos diputados de Flandes habían ido á hablarle de un proyecto de sublevación contra España y de un «acantonamiento» de los territorios españoles en confederación republicana, en marzo de 1663 habló con de Estrades del porvenir de aquellos territorios. ¿Se le dejaría acantonarse? ¿Se los repartirían entre sí Francia y Holanda? ¿Consentirían éstas el acantonamiento de una parte de aquéllos y se quedarían con el resto, una con los del Sur y otra con los del Norte? Al principio Francia consideró el negocio «maravillosamente bueno,» pero avanzaba con prudencia; de Witt, en cambio, no tardó en echarse atrás. En sus conversaciones con el embajador había averiguado que el rey se creía con derecho á la sucesión española, por no haber sido satisfecha la dote de la reina, y que pretendía que en el tratado que se firmase se consignara un reconocimiento de ese derecho; y como de Witt no podía comprometer, según decía, á las Provincias Unidas en las contiendas á que pudiera dar lugar algún día «la discusión de tales derechos,» no hubo modo de entenderse sobre los términos de un tratado.

En el entretanto, el gobierno francés había inventado el derecho de «devolución.» Era de derecho consuetudinario en el Brabante y en algunas otras provincias, que los hijos, á la muerte del padre ó de la madre, recibiesen la propiedad de los bienes matrimoniales, de los que el cónyuge sobreviviente sólo tenía el usufructo. Siendo así, la reina María Teresa, cuya madre había muerto, era desde luego propietaria de los territorios en donde estaba establecido ese derecho llamado de devolución y en posesión de los cuales entraría después del fallecimiento de su padre. El rey hacía «averiguar con la mayor diligencia posible» cuáles eran aquellos territorios y, en diciembre de 1663, escribía á de Estrades: «Cada día se descubren territorios nuevos.» Como la muerte del monarca español parecía inminente, de Witt se espantó ante la posibilidad de una próxima empresa de España en los Países Bajos, y demostró lo falso del

(1) De Estrades conocía perfectamente la Holanda y desaprobaba el convenio de 1662. En una carta escrita á Colbert en 1666, aconseja que con los Estados de Holanda no se tenga más que un tratado de amistad y alianza «que no obligue al rey á romper en cualquier momento con los aliados por causa de interés de los Estados referidos, lo cual sucederá de continuo á consecuencia de las usurpaciones é injusticias que cometen con todos los príncipes vecinos, pues por el mismo principio que profesan de quitar el comercio á todo el mundo, no vacilaron en reñir con el rey de Dinamarca y con el rey de Suecia, y estaremos siempre expuestos á apoyarlos y á no dejarlos sucumbir.»

pretexto invocado: «Es cierto, decía á de Estrades, que en un cantón del Brabante existía un fuero por el que las hijas del primer matrimonio heredaban con exclusión de los varones del segundo..., pero esto era tan sólo entre particulares, y... no había ejemplo de qué tal costumbre existiera en la sucesión de los feudos ligios que antiguamente dependieran de la corona.» Al propio tiempo advertía á de Estrades que el embajador de España hacía á las Provincias Unidas «proposiciones importantes» y que temía mucho que «todo el mundo se inclinaba á aceptarlas.» La réplica á aquella amenaza encubierta fué enérgica.

«No quiero que el señor de Witt me arrastre á todo lo que quiera y cuando quiera ante los temores de esa liga; mis negocios no van por este camino. Sé y comprendo lo que soy y estoy persuadido de que mi amistad es deseable y más útil á los que la tienen que á mí la suya... No les daré ocasión para que se aparten de ella con motivo, y esto me basta.»

A fines de diciembre de 1663 interrumpiéronse las negociaciones, pero de Witt no tardó en reanudarlas, empeñado en su deseo de llegar á una buena inteligencia, y explicó sus razones en una hermosa lección de historia y de política que, en 6 de marzo de 1664, dió en forma de memoria á los Estados de la provincia de Holanda.

«Las dos grandes potencias, Francia y España, decía, han equilibrado hasta ahora los intereses de todos los príncipes de Europa;» pero al presente, estando como está España debilitada, «es imposible que, después de la muerte del monarca español, subsista la igualdad establecida en Europa durante una larga serie de años.» Francia tiene «un rey de veintiséis años, vigoroso de cuerpo y de espíritu, que se conoce y obra por sí y ante sí, y que posee un reino poblado por una nación en extremo belicosa y tesoros muy importantes,» y es menester que ese rey «esté dotado de una moderación extraordinaria y casi milagrosa, si se despoja de la ambición tan natural en todos los príncipes..., para no extender sus fronteras por el lado en donde están más limitadas y en donde Francia se ha visto siempre más molesta por sus enemigos.» Para evitar que lo hiciera, sería preciso que las Provincias se declarasen abiertamente en contra suya, pero sería «cambiar las máximas fundamentales del Estado,» aliado de Francia desde hace tanto tiempo, renunciar al tratado firmado recientemente con Luis XIV y ofender cruelmente y hacerse «irreconciliable al rey más grande y al príncipe más altivo de Europa, que, debiendo un día ser vecino de este Estado, suceda lo que suceda, si no se previene esa eventualidad por medio de un tratado, no será jamás su amigo y, en cambio, lo será desde ahora de cuantos tengan algo que discutir con este Estado.» Por otra parte, sería necesario que la República encontrase aliados; pero ¿cuáles? ¿Inglaterra? No quiere ni puede hacer la guerra al rey de Francia. ¿El Imperio? No es más «que una quimera y un esqueleto cuyas partes están unidas, no con nervios, sino con alambre y carecen de movimiento natural.» ¿España? Apoyarse en ella valdría tanto como «apoyarse en una caña rota.» Después mostraba el progreso continuo de Francia á partir del siglo xv: «ha extendido sus fronteras hacia los Países Bajos» y se ha procurado «la entrada en ellos por

todos lados con las magníficas plazas fuertes que ha conquistado en todas las provincias fronterizas;» después de la Borgoña, ha conquistado «el Artois, el Rosellón y la Cerdaña, por el lado de España; Pignerol, la Bresse y las provincias vecinas, por la parte de Italia; y la Alsacia, Brisach y Philippsburgo en Alemania.» Su rey «ha sofocado todas las facciones que podían turbar la tranquilidad de su reino, y creo poder decir en verdad que tiene más dinero y más medios de tenerlo que todos los demás reinos de la cristiandad juntos.» De aquí que encuentre tantos aliados como quiera; casi todos los príncipes del Imperio están unidos á él, entre ellos los electores de Colonia y de Brandeburgo, el obispo de Múnster y el duque de Neuburgo, vecinos de la República y «tan poco amigos» de ésta, que si la veían «en malas relaciones con Francia, no dejarían de abrazar la causa» contraria á la misma. Finalmente los reyes de Dinamarca y de Suecia «son aliados de Francia y, si no enemigos, por lo menos envidiosos de la grandeza» de las Provincias.

En conclusión, de Witt aconsejaba una inteligencia con el rey de Francia para decidir la suerte de los Países Bajos españoles antes de que muriese el rey de España.

Pero Luis XIV, que tanto como de Witt conocía la fuerza de Francia, la debilidad de Europa, el peligro de Holanda y que sabía, además, que de Witt necesitaba el apoyo de la nación francesa, rechazó el nuevo proyecto de tratado. «El verdadero propósito de Su Majestad, escribió de Lionne en 23 de abril de 1664, es permanecer libre sin cavarse por sus propias manos zanjas que le impidan ir derecha y fácilmente allí donde vea su gloria, su provecho y el mayor bien del Estado.» En el mes de mayo rompiéronse nuevamente las negociaciones.

Y precisamente en aquel momento exacerbóse el conflicto crónico entre las Provincias Unidas é Inglaterra. A fines de 1664 los ingleses atacaron algunas colonias holandesas, y en marzo de 1665 declararon la guerra; inmediatamente reclamaron los Estados el auxilio de Francia y el rey lamentó el compromiso dos años antes contraído:

«Os confieso, escribió á de Estrades en 19 de diciembre de 1664, que me hallo en un apuro no pequeño, teniendo en cuenta que, si cumplo á la letra el tratado de 1662, causaré grandísimos perjuicios á mis intereses principales, y esto en pro de gentes de quienes no sólo no sacaré jamás ayuda alguna, sino que también se me mostrarán directamente contrarias en el único caso en que necesitaré tenerlas favorables, y entonces el auxilio que yo les habré prestado se volverá en contra mía.»

Intentó entonces Luis XIV obtener de Holanda algunas promesas relativas á sus «intereses principales,» y habiéndose negado de Witt á formularlas, hizo uso del plazo de cuatro meses que el tratado de 1662 concedía á aquel de los dos aliados á quien el otro pidiera ayuda.

La guerra empezó mal para los Estados, cuya flota fué derrotada en junio de 1665 y que se vieron atacados por tierra por un singular aliado de los ingleses, el obispo señor de Múnster, Bernardo de Galen. Este prelado, aficionado «á lo militar,» como dice Pomponne, había inventado unas bombas llamadas talismanes, de las cuales salían «planchas de cobre grabadas en

caracteres góticos y llenas de figuras terroríficas,» y tenía un ejército que no le costaba caro, pues los oficiales, «con la esperanza del saqueo que les prometía en todas partes,» suministrábanle soldados gratis. Además, se resarcía de la mayor parte de la soldada, vendiendo á las tropas á precios altos víveres que él compraba baratísimos. Ese ejército se componía de diez y ocho mil hombres, á los cuales no pudieron oponer las Provincias Unidas, en el Over-Isel, más que seis mil.

Luis XIV hubiera querido restablecer la paz, pues tenía motivos para temer que si Inglaterra salía vencedora el partido de Orange ocuparía el poder en Holanda, siendo la unión de las dos potencias marítimas un obstáculo insuperable para los proyectos de Francia en los Países Bajos. Por esto negociaba en Londres desde que se inició el conflicto; pero como el tiempo pasaba, hubo necesidad de notificar á los Estados en agosto de 1665 que, si Inglaterra no aceptaba sus proposiciones de arreglo, se declararía en favor de ellos. Apenas hecha por el rey esta promesa murió el rey de España.

Dos años hacía que los españoles sufrían continuos reveses en su guerra contra Portugal. Invadido el territorio español por el ejército portugués, encontráronse las fuerzas enemigas delante de Villaviciosa, siendo las tropas españolas casi enteramente destruídas. «¡Dios lo quiere! ¡Cúmplase la voluntad de Dios!» exclamó Felipe al recibir la noticia, y de síncope en síncope fué tirando hasta el 17 de septiembre.

Como su yerno, el rey de Francia, le había dado sobrados motivos para detestarle, Felipe había otorgado en contra de él su testamento en cuya cláusula tercera, después de recordar las renunciaciones de Ana de Austria y de María Teresa, decía:

«Queda excluída la infanta doña María Teresa y todos sus hijos y descendientes, varones y hembras, aunque puedan decir ó pretender que en su persona no corren ni pueden considerarse las razones de la causa pública ni otras en que pueda fundarse esta exclusión.»

En la cláusula décima ordenaba que los Países Bajos permaneciesen «unidos é incorporados á los demás reinos y señoríos de su corona,» aconsejando á sus sucesores que empleasen todas sus fuerzas y todo su poder en la defensa de los mismos, teniendo en cuenta la importancia que su conservación tenía «para la exaltación de la fe católica y aun para la paz y conservación de los otros reinos, Estados y derechos de la casa de Austria.»

Era indudable que Luis XIV no se sometería á las últimas voluntades de su suegro; así, cuando el embajador de España trajo á las dos reinas de Francia, Ana y María Teresa, la noticia de la muerte de Felipe IV, habláronle ellas, «antes de haberse enjugado las primeras lágrimas,» de sus derechos sobre los Países Bajos, y le rogaron encarecidamente que decidiese á la corte de Madrid á reconocer esos derechos, á fin de evitar la guerra. En efecto, Luis XIV se preparaba para la lucha.

IV.—Preparativos de guerra

¿Lucharía contra Inglaterra y contra España á la vez, ó contra Inglaterra sola, en espera de «mejor ocasión para atacar á los españoles? El rey meditó mucho sobre esto: «Consideraba con placer el propósito de esas dos

guerras como un vasto campo en el cual podían surgir, en todo momento, grandes ocasiones de señalarse y de responder á la feliz expectación que desde hacía algún tiempo había yo excitado en el público.» Comenzar con una sencilla guerra por mar era un comienzo mezquino; «esa clase de guerra en la que los más valientes no hallan casi nunca modo de distinguirse de los más débiles,» no era la que le pedían «tantos hombres valerosos á quienes veía animados á servirle,» y que querían «una materia más ventajosa,» la que les prometía la buena guerra al estilo de otro tiempo en los campos de tierra firme. Por otra parte, él, el rey, no podría ejercer el mando en una guerra marítima, pues un rey, dice, no tiene el derecho de exponerse «á los caprichos del mar,» y añadía: «Nada podía yo conquistar á esos isleños que no me fuese más oneroso que útil.» Además, como mantenía «grandes fuerzas á todo evento,» pensaba que le sería «más cómodo arrojarlas sobre los Países Bajos que alimentarlas á mis costas.» Finalmente, si para atacar á España esperaba que hubiese paz entre Inglaterra y los holandeses, éstos, decía, «acaso más temerían el aumento de mi poder, que se acordarían de mis beneficios.» Mejor era, pues, emprender «á la vez las dos guerras.» Sí, ciertamente; pero «cuanto más ardientemente se ama la gloria, más se debe procurar lograrla de una manera segura;» ahora bien: acometer á un mismo tiempo á los ingleses y á los españoles, sería atraer á los primeros á los Países Bajos, de donde luego no se les podría hacer salir tan fácilmente y dar también motivo á Inglaterra y á España para una unión duradera; y una vez conseguida ésta, Inglaterra no dejaría de reconciliar á Portugal con España. En cambio, si se limitaba á ayudar á los holandeses, éstos quizás se conmovieran ante esa prueba de su buena fe y, por ende, «se unirían á sus intereses.» Por último, no se consideraba preparado para emprender las dos guerras; el estado de sus plazas fronterizas no le satisfacía y quería, además, tomar todas las precauciones posibles y firmar todos los tratados imaginables: «So pretexto de la guerra de Inglaterra, dispondré mis fuerzas y mis inteligencias para comenzar más felizmente la de Flandes.» Era, pues, más prudente atenerse á la guerra contra los ingleses. Perfectamente; pero ¿qué pensaría la historia, de la que él dijo un día que sus alabanzas son «exquisitas?» Sus predecesores se habían visto en negocios tan grandes como éstos, y «negándose á exponerse á las dificultades que ellos habían vencido, corría riesgo de no obtener los elogios que ellos habían merecido.» Todo esto es verdad, pero nunca debemos desdeñar «la ayuda de nuestra razón» y es preciso que no se nos pueda acusar «de imprudencia.» Por otra parte, cae en la cuenta de que, aun manteniendo la palabra que tiene empeñada, puede merecer la gloria. «Sería para mí glorioso ante todas las naciones de la tierra que, teniendo de un lado la defensa de mis derechos y de otro la protección de mis aliados, haya sido yo capaz de descuidar mis intereses para tomar la defensa de éstos.»

Tardó Luis XIV lo más que pudo en decidirse abiertamente, comenzando por ayudar á los holandeses de una manera indirecta, con el envío de un pequeño cuerpo de ejército contra el obispo de Múnster, cuyas tropas fueron arrojadas de las Provincias Unidas en